

en cuanto hace relación á la Persia, especialmente desde Ciro, hijo de Cambises y padre de otro Cambises, al que sucedieron el mago Esmédis, Darío y Jéjres. Los hechos que refieren respecto de los demas pueblos antiguos y de los Griegos son incidentales; los cuentan al tratar de los primeros, y sin orden cronológico, presentándolos, si es necesario, como notas ó como puras digresiones.

Aun atendiendo solo á los relatos directos, estos son ya una parte considerable de los anales antiguos antes del año 478; parte tanto mas preciosa, cuanto que contiene, ademas de algunas descripciones geográficas, el cuadro de las costumbres, de las leyes y de las instituciones de cada pueblo, y cuando es posible, de los monumentos de aquella historia. Cierzo es que con los hechos se mezclan muchas fábulas, y que no siempre el autor da medios para discernir lo falso de lo verdadero, y aun parece crear el mismo en prodigios quiméricos y tradiciones pueriles; pero con todo, nos da á conocer, ya que no otra cosa, el estado de las opiniones de su siglo, y el imperio que sobre los mejores talentos ejercian las creencias de las edades precedentes.

Herodoto no tuvo idea de las dinastías contemporáneas que reinaron una en Tébas, otra en Méfnis, y alguna tal vez en otra parte de Egipto; hipótesis sugerida á los modernos por la comparacion de las diferentes listas de reyes que dan Herodoto, Diodoro, Eratóstenes, Maneton y otros cronistas. Herodoto recoge con sobrada complacencia las historias novelescas de algunos reinados; sin embargo, á él debemos el mejor relato de las empresas de Sesóstris y de la construcción de las pirámides bajo los reinados, no demasadamente prolongados, de Cheops, Chefren y Micerino. Desde Psamético, prescindiendo de las milagrosas circunstancias de su exaltacion, hasta la invasion de Cambises, esto es, por siglo y medio, el Egipto tiene anales propiamente dichos, que debemos á Herodoto.

Bastante ménos valen sus páginas sobre la Lidia. La novela de Candáules y Gíges sirve de introducción á un compendio poco instructivo sobre los predecesores de Creso, y á una larga historia de aventuras fabulosas de este rico y desafortunado monarca. La historia de los Medos bajo el cetro de Arbáces, Deyóces, Fraórtés, Cijáres y Astiágos (747—561) está mejor establecida, y sin el estorbo de aquel Cijáres II, introducido por Jenofonte. De aquí procede naturalmente la historia de los Persas; pero ni Herodoto ni los otros clásicos griegos y latinos buscaron las antigüedades de aquel pueblo, y para buscarlas se necesita recurrir á los Orientales, no dándonos aquel mas que un tejido de tradiciones frecuentemente fabulosas. Herodoto solo nota de las concernientes á Ciro; y aunque solo trascurrió medio siglo escaso desde la muerte de este al nacimiento del historiador, la mayor parte son inverosímiles. Jenofonte, sin embargo, se descarró aun mas, enriqueciendo con las suyas propias las ficciones que le fueron transmitidas, tanto, que para obtener alguno que otro rasgo de la verdadera historia de aquel héroe, es, á pesar de todo, preferible Herodoto.

Mas exacta es la historia de Cambises, hijo de Ciro, aunque llena de locuras y crueldades que se tendrían por increíbles. Puede dudarse de la usurpacion de Esmédis, de la catástrofe de los Magos, de la conspiración de los siete señores, de su deliberación acerca de las tres formas de gobierno, y del extraño modo con que Darío e Histáspes llegó á subir al trono; pero cuando reina y emprende la sumision de los Escitas y la reduccion de los Jonios, los relatos recobran el carácter histórico y lo conservan en los ocho años concernientes al reinado de Jéjres (485—478). Pudiéramos creer exagerado el número de esclavos armados por este, y dudar si en efecto habria abierto un canal en el monte Atos del que no hay vestigio; pero las batallas de las Termópilas, del Artemisio, de Salamina, de Platea y de Micala, en sus principales

circunstancias y resultados, son hechos públicos, atestigüados por toda la antigüedad é inseparablemente unidos á las memorias que nos restan de los cinco últimos siglos anteriores á la era vulgar. Ahora bien, el historiador mas antiguo y digno de estos tiempos es Herodoto.

Á este hilo general une muchas particularidades accesorias, que no se toma el trabajo de coordinar entre sí, bastándole que toquen por algun punto á sus narraciones principales, y sin cuidarse del sitio que les señalan los lugares y los tiempos á que se refieren. Que haya tratado de esta manera puntos de interes secundario, ó sobre los cuales no debía detenerse; que no haya hablado de las Amazonas, de los Sirios, de los Tirios, de los Tirrenos ni de otros muchos pueblos sino á medida que los encontraba en su camino, no es de lamentar; son episodios que varían la narracion. Pero la nacion griega que debía figurar en ella con tanto esplendor, merecia, al parecer, que expusiese mas metódicamente sus revoluciones anteriores á la guerra meda en un libro entero como los que dedicó á tratar de los Lidios, de los Medos, de los Egipcios y de los Escitas. Si prefirió fraccionar esta parte de su historia, y dejar sus elementos esparcidos acá y allá en sus nueve libros, fué tal vez porque conoció la dificultad de sujetarla á un sistema. Tucídides confesaba despues que los primeros tiempos de la Grecia eran muy poco conocidos, y por primeros tiempos entendia los que precedieron al siglo V. á. de C. El que quiera componer largas historias, debe recurrir á escritores muy posteriores á Herodoto y á Tucídides, como Apolodoro, Diodoro, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y Pausánias, y añadir á las tradiciones referidas por estos las que los cronógrafos eclesiásticos extractaron de los libros perdidos, y las indicadas por los antiguos poetas, ó enunciadas por los gramáticos y escoliadores de la escuela alejandrina de la edad média. Estos documentos son las fuentes de los anales de la Grecia antigua, desde Inaco, á quien hacen reinan en el siglo XX antes de nuestra era hasta Darío y Jéjres.

Queriendo Tucídides disponer en un orden mas cronológico ó geográfico las nociones esparcidas en Herodoto, no nombra á Inaco mas que para llamarle padre de lo, robada por los Fenicios, lo que lo haria mucho mas posterior al siglo XX. Llama á los antiguos habitantes de la Grecia Helenos, Pelasgos, Dorios y Jonios. Los Helenos habitaban la Ftiotide en Tesalia en tiempo de Deucalion; la Histiotide, tambien en Tesalia, al pié de los montes Ossa y Olimpo, bajo el reinado de Doro, hijo de Heleno; despues se establecieron cerca del Pindo, con el nombre de Macedonios; desde allí pasaron á la Dóride, al Sur del Oeta, y despues (sic) al Peloponeso, donde fueron llamados Dorios. Su raza, débil y poco numerosa en un principio, llegó á multiplicarse á medida que los diversos pueblos se le incorporaron, y conservó su lengua primitiva mucho mas pura que la de los Pelasgos. Estos cambiaron con frecuencia de nombre y residencia, ocuparon la isla de Samotracia en la parte septentrional del mar Egeo, é invadieron á Lémnos, de donde fueron rechazados. En tiempo de Herodoto no habia Pelasgos mas que en las costas de la Propóntide, en la Tracia, en las fronteras de Macedonia, y en algunos distritos de Italia, y se distinguían por lo tosco del idioma que habian conservado. Los Atenienses, si bien eran de origen pelasgo, habiéndose fijado en su territorio, pulieron el idioma y se convirtieron en Helenos, nombre que concluyó por significar el cuerpo entero de la nacion griega. En este sistema de Herodoto parece que la distinción de Helenos y Pelasgos corresponde á la de Dorios y Jonios; los habitantes de la Laconia, y aun los de todo el Peloponeso, eran originariamente Helenos ó Dorios; los Atenienses eran Pelasgos ó Jonios. Los Griegos consideraban á todos los reyes dorios como

Helenos. En cuanto á los nombres de Grecia y Griegos son mucho mas modernos; jamas escribe Virgilio *Grecus*; y Varron, en A. Gelio, dice que este nombre era desconocido de la mayor parte de aquellos á quienes los Latinos lo aplicaban. Sin embargo, *Ἕλληνες* se lee en la *Meteorología* de Aristóteles, en la *Biblioteca* de Apolodoro, y en algunos otros libros griegos: Estéban de Bizancio lo cree llevado á Italia por los Tesalios á quienes pertenecia mas propiamente por haberlo tomado de Greco, su príncipe, hijo de Tésalo. Segun Freret y Clavier, el nombre de Pelasgos es el mas antiguo, y el de Helenos el mas usado desde el siglo de Homero hasta el de Augusto.

En Herodoto se encuentra una distribución enteramente particular de las naciones en el Peloponeso. Dos, originarias del país, que eran los Arcades y los Ciuuros, habitaban aun los mismos cantones que en otro tiempo. Los Aqueos no habian abandonado nunca el Peloponeso, pero habian cambiado de sitio. Los Dorios, los Eolios, los Driopes y los Lemnios procedían de origen extranjero. La mayor parte de las ciudades de estas siete naciones tendían á separarse del cuerpo helénico, y al fin se las vió aliarse con los Persas, ó conservarse neutrales. Estas son las únicas nociones generales que Herodoto nos da de los orígenes griegos. Nada dice de Foroneo, hijo de Inaco, ni de la serie de los primeros reyes de Argos; no tiene noticia de aquellas largas genealogías con que se ha querido despues llenar el vacío de la historia antigua, apenas menciona ligeramente la llegada de Danao, de Cérope y de Cadmo á Grecia; pero insiste con frecuencia en las semejanzas entre la mitología helénica y la egipcia, mostrándose persuadido de que debieron los Griegos el fondo de sus creencias y prácticas religiosas á los Egipcios ó Fenicios. Tiene tambien cuidado de hacer observar en diversos tiempos las relaciones comerciales que continuaron entre la Grecia y el Egipto.

Hacia la mitad de la época trascurrida desde el siglo XVI hasta el X, ántes de la era vulgar, se colocan el diluvio de Deucalion, el reinado de Minos en Creta, el establecimiento del consejo anfictiónico, los trabajos de Hércules, la expedición de los Argonautas, la guerra de Tébas contra los hijos de Edipo, el reinado de Teseo, el rapto de Elena, el sitio y toma de Troya, y muchas tentativas de los Heráclidas para volver al Peloponeso. Herodoto no hace la historia de todos estos hechos, ni se cuida de disponerlos por orden de fechas, pero frecuentemente los menciona, y aun cita otros ménos célebres, que, mejor dispuestos, han contribuido á completar el cuadro de aquella edad heroica y semifabulosa. El acontecimiento que mas importa considerar hácia el fin del siglo XI, es el establecimiento de los Jonios en el Asia Menor. Segun Herodoto, Estrabon y Pausánias, la idea que se puede formar de él es la siguiente: El Atica y los países inmediatos estaban sobrecargados de habitantes; las invasiones de los Heráclidas habian hecho refluir allí toda la nacion de los Jonios, establecida al principio en las doce ciudades del Peloponeso. Los cinco hijos de Codro les indicaron las opulentas campiñas que terminan el Asia en frente de Europa, donde ya habian penetrado los Eolios, expulsados también del Peloponeso por los Heráclidas. Al lado de esta Eolia Atica aun quedaba un país hermoso y abundante, facilísimo de conquistar á los bárbaros que lo poseían. Los Jonios se trasladaron allí en gran número, se apoderaron de él por el derecho de la fuerza, que frecuentemente hace las veces de la justicia, y ocuparon muchas ciudades, que despues llegaron á ser florecientes, como Efeso y Mileto, y que con las islas cercanas formaron desde entónces la nacion helénica.

Esto es lo que sabe Herodoto acerca de los tiempos anteriores á Hesiodo y Homero. Nadie tendrá por primera época de los anales de un pueblo aquella en que aparecen dos poemas como la *Iliada* y la *Odisea*;

lengua tan bella, poesía tan rica, no son las primeras tentativas de ninguna literatura; suponen largos progresos y una civilización desarrollada por espacio de muchos siglos. Pero en resumen, tanto en Herodoto y en Tucídides como en las primeras fuentes de la historia griega, y en Homero mismo, no adquirimos mas que un conocimiento vago y débil de cuanto precedió á este gran poeta; y crece la dificultad al considerar que no se trata de un solo é idéntico pueblo, sino de muchos Estados pequeños, frecuentemente rivales, casi siempre distintos, aunque se confundían á nuestros ojos bajo el nombre de Griegos que no tuvieron. Importa, pues, examinar separadamente lo que Herodoto nos dice sobre cada una de las ciudades de que se componia la nacion.

Los Lacedemonios, primeros en el Peloponeso, pretendían haber sido conducidos allí, no por los hijos de Aristodemo, sino por este mismo, quinto descendiente de Hércules. Poco tiempo despues de haberse situado en la Laconia, dió á luz Argia, mujer de Aristodemo, dos gemelos; y no queriendo confesar cuál era el primogénito, el oráculo de Delfos decretó que reinasen entrambos, y de aquí la larga serie de reyes de Esparta sucesores de Euristenes y Proclo. Herodoto presenta la serie imperfecta de las dos dinastías, hasta Plistarco en la una, y Leotíquidas en la otra, añadiéndoles el cuadro de las funciones y prerogativas de estos dos jefes. Otras tradiciones corrian ademas sobre el origen de los Espartanos, suponiéndolos originarios de la Persia ó mas bien del Egipto; pero no entra á discutirlos el historiador, quizá por juzgar imposible hallar la verdad. Indicó las leyes memorables que Esparta recibió de Licurgo, el cual, durante su regencia, dividió los poderes públicos entre la asamblea del pueblo, el senado, los cinco éforos y los dos reyes, basando sobre este sistema unas instituciones cuya austeridad se admira, sin faltar tampoco quien alabe su sabiduría. Herodoto no las expuso, pero nos son conocidas por Jenofonte, Platon, Aristóteles, Ciceron y Plutarco. No da Herodoto pormenores sobre la historia espartana sino en los reinados de Ariston, Demarato, Leotíquidas, descendientes de Proclo, y en los de Anaxáridas, Cleómenes, Leonidas y Plistarco, descendientes de Euristenes y correspondientes á la época de Darío y Jéjres en Persia.

No trata de los Argivos sino á causa de la guerra que sostuvieron contra Cleómenes, rey de Esparta, y por haberse negado á defender la Grecia contra los Bárbaros. Mas detenidamente habla de la tiranía de Cipselo y de Periandro en Corinto, en los siglos VII y V; y de la isla de Egiua, cuya antigua enemistad con Atenas estalló á la venida de los Persas; por lo que Esparta trató rigorosamente á estos isleños que se inclinaban al partido persa. Descartadas las fábulas, se reduce á poca extension lo que concierne al Peloponeso. Por último, faltan en esta narracion las guerras mesénicas, no obstante el interes que pudieran excitar, y los adornos de que podían ser susceptibles.

Herodoto nos dice que los Atenienses, como los Pelasgos, llevaban el nombre de Cranaitas, que despues tomaron el de Cecrópidas, del rey Cecrope; y que el que conservaron no comienza hasta el reinado de Erecteo, mas de siglo y medio despues de Cecrope. Posteriormente se llamaron Jonios cuando tuvieron por general á Jon, hijo de Xuto. Tambien nos refiere que los Atenienses rehusaban obstinadamente el título de Jonios, y que habiendo Cranao vivido despues de Cecrope, no es posible que el nombre de Cranaitas precediese al de Cecrópidas. Quizá tal pasaje no es mas que una glosa inserta en el texto, sospecha que á menudo renace, principalmente tratándose de orígenes. Desde Cecrope á Codro se cuentan diez y siete reyes de Atenas, de los cuales Herodoto nombró algunos. Despues que Codro se sacrificó por su patria, se gobernó la república ateniense por arcontes, primero perpetuos, luego decenales, y por último anua-

les. Parece que el arcontado se estableció al fin del siglo XII, y desde allí hasta Solon, á principios del VI, hay un vacío de mas de cinco siglos. Solon reconoció que el poder supremo residía en la asamblea de los ciudadanos; que allí se debía decidir acerca de la paz, de la guerra, de los impuestos, de las leyes y de todos los grandes intereses del Estado; pero exigió que tales decisiones se preparasen siempre en un consejo de cuatrocientos ciudadanos. En cuanto á los demás poderes, esto es, los relativos á la ejecución, aplicación y conservación de las leyes, los dividió entre los nueve arcontes, el Areopago y otros magistrados inferiores, administrativos y judiciales. A pesar de esto, Solon no aparece como legislador en Herodoto, sino solo en conversaciones con Creso, á veces extravagantes.

Por sábias que fuesen tales instituciones, y por mas que tuviera pena de muerte el que aspirase á la autoridad suprema, no tardó Pisistrato en usurparla; y ejerciéndola con habilidad y cierta moderación, la recobró tres veces, y la transmitió á sus hijos Hiparco é Hippias. Muerto el primero, se mantuvo el otro por espacio de cuatro años, hasta que los Atenieses se libraron de su tiranía á consecuencia de los esfuerzos de los Alcmeónidas emigrados, y de los socorros de Esparta. Expulsado Hippias se refugió entre los Persas, y conspiró contra su país. Estos sucesos, expuestos muy minuciosamente, nos conducen hasta las guerras de la república contra Darío y Jérges.

Pisistrato y los suyos habian ejercido el poder absoluto bajo formas legales en apariencia; el pueblo, del que se decian primeros magistrados, jefes perpetuos, creía ver aun la imagen de la libertad, y profería su nombre; por lo cual volvió á recobrar sus derechos apenas cayeron los Pisistrátidas. Clístenes, jefe de la poderosa familia de los Alcmeónidas, en vez de cuatro, instituyó diez tribus, de cada una de las cuales se eligieron cincuenta miembros para el consejo, encargados de preparar las leyes. La asamblea se compuso, pues, de quinientos ciudadanos, y el número de magistrados y oficiales inferiores creció en relacion de cuatro á diez. Clístenes, con tales reformas y con cambiar los nombres de las tribus, imitaba lo que habia hecho su abuelo en Sicione. En los treinta y dos años que mediaron entre el 510 y el 478, se hicieron maravillosos progresos en Atenas, tanto en cada ramo de la administración, como por todos los talentos políticos, militares y literarios. Entre estos nombra Herodoto á Milecíades, Temístocles y Aristides, héroes de Maraton, Salamina, Platea y Micale. Comenzando, pues, desde la muerte de Solon, pueda decirse que los anales atenienses están enteros en Herodoto, y que son la parte mas bella de la historia griega, no solo por las empresas guerreras, sino por los recuerdos mas agradables, duraderos y honrosos de las artes y de la libertad.

Nuestro historiador apenas trató de las antigüedades de la Beocia y de la Tesalia; ni puso en escena á los Tebanos y demás Beocios y Tesalios, sino para descubrir sus inteligencias con los Bárbaros, y describir sus derrotas cada vez que tuvieron que medir sus fuerzas con los Atenieses y aun con los Focidenses. Los Tebanos cooperaron á la usurpación de Pisistrato; abandonaron á los Espartanos en las Termópilas, y fueron vencidos con los Persas en Platea. Mas detenidamente habló de la Jonia Asiática, de Mileto, y de la isla de Sámos. Algunas fábulas mezcló con la historia de las prosperidades y desventuras de Policrates, tirano de los Samios, amigo de Amásis, rey de Egipto, protegido de Cambises, rey de Persia, y vencido al fin por los Lacedemonios. Su hermano Siloson y otros sátrapas le sucedieron en el ejercicio de una autoridad precaria, ejercida en provecho del gran rey. El mismo yugo sufría Mileto, cuyos habitantes se habian resistido en otro tiempo contra Aliates, rey de Lidia, predecesor de Creso, y despues contra los generales de Darío. Esta ciudad fué despues gobernada por Histieo,

el cual, destinado con los otros jefes jonios y del Helesponto para custodiar el puente echado sobre el Danubio, impidió su destrucción, evitó que Darío quedase encerrado en la Escitia. No satisfecha despues su ambición, se convirtió de cortesano en conspirador, concertándose para provocar la rebelion de los Jonios con su yerno Aristágoras, que le sucedió en el gobierno de Mileto. En vano Aristágoras pasó á solicitar los socorros de Esparta y Atenas, y sedujo á esta última ciudad, pues pereció peleando contra los Tracios; é Histieo, vencido y hecho prisionero por Artaférnes, general persa, sufrió el suplicio de la cruz. Entónces, toda la Jonia cayó en una servidumbre aun mas dura. Esta guerra, cuyas particularidades no sabemos sino por Herodoto, fué preludio de la que Darío y Jérges emprendieron contra la Grecia propiamente dicha, y en la cual los Jonios, empleados en servicio de los Persas, concluyeron por abandonarlos y hacerles traición cuando el destino y la victoria se declararon por los Griegos.

El autor, ademas de explicar convenientemente estos relatos, insertó incidentalmente en ellos noticias sobre la Macedonia. Sin remontarse hasta Carano, Ceno ni Tirimnas, primeros reyes del país, comienza solo desde Pérdicas, que reinó hácia el fin del siglo VII, y al cual atribuye aventuras novelescas. Le da por sucesores á Argeo, Filipo, Acropo, Aléctas y Amintas, el cual recibió en su corte á siete señores persas que fueron en la misma asesinado á consecuencia de sus desórdenes. Quizá esto no pasa de ser un cuento. De Amintas fué hijo aquel Alejandro que á nombre de Mardonio se presentó á invitar á los Atenieses á someterse al rey Jérges, y que despues, haciendo traición á los Persas, informó á Aristides de lo que pasaba en su campo y consejo, pocas horas ántes de la batalla de Platea. En estos relatos son considerados los Macedonios como Griegos de origen; no así los Griegos, á quienes Herodoto supone originarios de la Escitia, y describe su país, sus costumbres y prácticas civiles y religiosas, ántes de trazar su historia.

Aunque residió en la Italia Meridional la mitad de su vida, nada instructivo dice de este país sobre el cual tambien se extendía la dominación de la Grecia. Habla, sí, de los Crotoniatas, de su célebre atleta Milon, de sus contiendas con los Sibaritas, del médico Demócetes de Crotona, enviado por Darío á explorar las costas de todos los países griegos, y que al llegar á Tarento supo burlar la vigilancia de los Persas que lo acompañaban y se refugió en su patria. El historiador no muestra tener el mas mínimo conocimiento de los Romanos, á pesar de que en el año 478 contaban ya el 275 desde la fundación de su ciudad, y habian expulsado á los Tarquinos próximamente por el tiempo en que Atenas expulsaba á los Pisistrátidas. Nombra, sin embargo, en Sicilia, á Agrigento, á Gela, á Siracusa y á Zancle, refiriendo algunos sucesos de ellas. Sabe que Dórico, hermano de Cleómenes, rey de Esparta, intentó fundar en Sicilia la ciudad de Heráclea; que los Samios fugitivos se apoderaron fraudulentamente de Zancle; que los Griegos fundaron á Gela; que los descendientes de uno de estos llegaron á ser hierofantes de Cères; que Gelon tuvo la cordura de unir á este sacerdocio las funciones de hisparco ó comandante de la caballería; que auxilió á Hipócrates, tirano de Gela, en las guerras contra los Náxos, los Zancleanos, los Leontinos y los Siracusanos; y que solo estos últimos se salvaron del yugo de Hipócrates, sin, mas que ceder la ciudad de Camarina, gracias á la mediación de los Corintios y Corcirenses. Había tenido Gelon tanta parte en las prosperidades de Hipócrates, que cuando este fué muerto delante de Híbla combatiendo contra los Siculos, se apoderó del poder supremo. Fingiéndose armarse en defensa de los herederos del rey de Siracusa, tomó en su propio nombre posesión de esta ciudad, y trasladó á ella la silla de su poder, dejando á su hermano Hieron el gobierno

de Gela. Gelon recibió en Siracusa á los diputados de Esparta y Atenas que fueron á pedirle socorro tratándole como Griego. Se atrevió á poner por condición, que habia de conferírsele el mando supremo del ejército griego, y no se le otorgó. Contentóse, pues, con armar tres bajeles que debian espíar los movimientos de la guerra, volver á Sicilia si los Griegos triunfaban, ó rendir homenaje á Darío si era vencedor. Gelon tenia entónces que defenderse contra un ejército de trescientos mil hombres entre Fenicios, Iberos, Libios, Sardos y Cirneos movidos contra él por las intrigas de Terillo, expulsado de Himera por Teron, rey de Agrigento, y conducidos por el Cartaginés Amilcar que emprendia aquella expedición por complacer á Anaxilao, tirano de Reggio y yerno de Terillo. Gelon y Teron vencieron á Amilcar en el mismo día en que los Griegos triunfaban de los Persas en Salamina. Por tanto, bien merecia atención la Sicilia, de grande importancia entónces, y que formaba, como la Grecia, tantos Estados distintos, no reunidos en federación, sino mas bien émulos que se hacían frecuentemente la guerra, aunque amenazados por enemigos comunes y especialmente por los Cartaginés. Sin embargo, la población crecía, desarrollabase la civilización, y las fuerzas reunidas de todos estos Estados hubieran contrabalanceado á las del Peloponeso y del Atica, á la cual la Sicilia casi igualaba en extensión, y excedía en prosperidad.

Esta materia de los nueve libros de Herodoto ya sería vasta por sí, aun cuando el autor no hubiera admitido en ella tantos hechos que son puras ficciones. Creía en los oráculos, en los presagios, en el poder de las divinidades mitológicas, en su influencia sobre la suerte de los hombres, no obstante que habia aclarado mejor que ningun otro los orígenes de sus leyendas sobrenaturales, y á pesar de que sabia que la Grecia debía al Egipto casi todo su sistema religioso. Atribuía tal importancia á la ciencia de los adivinos, que apenas nombró uno solo sin repetir cuanto de él se decía ó inventaba. El ver perderse en tales ilusiones á un hombre tan instruido y laborioso, prueba la fuerza que adquieren las instituciones públicas y las costumbres sociales, y su imperio sobre los ánimos. Si no hubiera creído en los errores que profesó, habria sido el escritor mas hipócrita, y por consiguiente, mas despreciable. Es, pues, injusta la acusación de malignidad que le hace Plutarco, cuando en realidad su falta consiste en no haber sido tan maligno como debiera.

Las causas de tal mezcla de la fábula con la historia son fáciles de conocer: son la primera, las opiniones supersticiosas, bebidas desde la infancia; despues la viveza de su imaginación, nutrida con la lectura de los poemas y ávida de relatos novelescos. Cuando la inteligencia humana no habia podido aun desarrollarse y madurar por una serie metódica de observaciones, de descomposiciones y aproximaciones, la instrucción no se recibía ni propagaba mas que envuelta en fábulas que debían limitarla y alterarla. Ademas, ántes de Herodoto no existían los conocimientos históricos sino expuestos en poemas que los desfiguraban, y unos pocos en relaciones en prosa no ménos fabulosas. Hoy distinguimos perfectamente la historia de la novela; pero entónces constituían ambas un mismo género de narración, en que las memorias se confundían con los prestigios, y se acreditaban las invenciones populares con la asociación de hechos positivos y reales. Anales escrupulosamente exactos como la sana crítica los desearia, hubieran agradado poquísimos y no habrían deleitado á la Grecia en los juegos olímpicos.

Conviene observar, por último, de qué fuentes pudo tomar Herodoto sus noticias. Pocas relaciones escritas tenia á la mano, y con frecuencia se encontró sin ningun dato de este género respecto de las guerras de

los Jonios y de los Griegos contra los Persas, tan próximas á su época. En aquellos tiempos eran desconocidos los boletines y diarios; los relatos que se hacían eran sucintos y andaban en muy pocas manos; y los monumentos solo declaraban las circunstancias de mayor bulto de las empresas insignes. Los pormenores se trasmitían de viva voz ó por testimonios individuales y fugaces, ó por rumores públicos é inciertos; y si esto sucedía en cuanto á los sucesos contemporáneos y ocurridos en el mismo país, mucho mas debía suceder respecto de los acontecimientos de países lejanos ó antiguos, acerca de los cuales el historiador tenia que contentarse con noticias muy poco autorizadas. Hasta los hechos del siglo inmediatamente anterior al suyo aparecen ya tan remotos, que no sabe qué decidir entre las versiones contradictorias sobre la vida y muerte del gran Ciro. Si hubiese sido escrupuloso y severo, y se hubiera armado de aquella crítica inexorable de que hoy podemos y debemos hacer uso, probablemente no se habria resuelto á componer libros históricos, ó á lo ménos su obra se habria reducido á la cuarta parte de lo que fué; lo cual sería mas de lamentar, porque en los nueve libros, todo, hasta lo concerniente á las fábulas y errores de su siglo, contribuye á la instrucción del nuestro. En efecto, para nosotros es importante saber cuáles eran en el pueblo mas ilustrado de entónces los extravíos del ánimo y los alimentos de la credulidad pública, y ninguno mejor que Herodoto puede descubrirnos estas vanas creencias, porque participa de ellas las mas veces. Su poder sobre su razón y su talento nos hace conocer el que ejercieron sobre las naciones cuyos anales tradicionales nos trasmite. Cuanto puede examinar y comprobar por sí, lo hace atentamente y lo refiere con inviolable sinceridad. A él debemos cuadros fieles de las costumbres é instituciones de la mayor parte de los pueblos conocidos entónces, partes las mas exactas é interesantes de su obra. Pocas veces se le escapan errores graves; y cuando tiene razón para dudar sobre algunas particularidades, excita casi siempre nuestra desconfianza, manifestando la suya.

A él, pues, somos deudores de casi todo lo que sabemos verdadero y fabuloso, constante y variable sobre los tiempos que le precedieron, merced al feliz pensamiento que tuvo de agregar al cuadro de la guerra de los Griegos y Persas gran parte de los documentos históricos relativos á los Egipcios, Medos, Lidios, Escitas y otros pueblos bárbaros ó civilizados de las tres partes de la tierra.

A su plan general debe atribuirse el haber dejado en demasía, incoherentes y esparcidas las noticias referentes á la antigüedad de los pueblos griegos, y á sus anales anteriores á las guerras contra Darío y Jérges; pero fuera de esto, es quizá el mejor plan que un historiador pudiera escoger para reunir por vez primera tantos materiales diversos, encadenarlos, y cautivar la atención del lector con la unidad del asunto y la variedad de los pormenores. Con frecuencia interrumpe de improviso las narraciones mas importantes con anécdotas de carácter mucho ménos grave; pero si al principio chocan estas digresiones, casi siempre concluye el lector quedándole obligado por la impaciencia que en él despiertan. Semejante artificio ha sido imitado por hábiles narradores, y quizá Herodoto no lo usó sino porque este era el curso natural de sus ideas y recuerdos; porque tal es la naturaleza de su obra, que ningun artificio se deja ver en ella; y si esto es lo sumo del arte, basta para colocarlo entre los mejores escritores.

A su plan debe Herodoto la sencillez y los atractivos de su estilo, y aun podemos decir, que él creó el estilo histórico. Tomó de la poesía, en el grado y medida convenientes, los colores que necesitaba para referir las vicisitudes humanas; y su obra es lo primero que debe leerse, no solo para estudiar la historia, sino tambien para aprender á escribirla. Y adviér-

tase que no entiendo por estilo puramente el modo de decir, sino el movimiento, el colorido del discurso, el carácter de los pensamientos, de las imágenes y de los sentimientos. Ciertamente que Tácito tiene ideas más profundas, y Tito Livio colorido más vivo; cierto es que uno y otro expresan con más vigor sus reflexiones morales y sociales; pero Herodoto fue quien primero supo narrar, arte difícil en el cual quizá no ha tenido superior. No era entonces conocido el período, ni podía serlo en un tiempo en que aun no existían ni lenguaje sujeto á reglas, ni la más mínima idea de gramática. De aquí las infinitas frases sin conclusión, ni fin, ni construcción racional, pero que gustan, no obstante, por cierto buen giro. Busca, como por instinto, en la composición, el número y la armonía, y alguna vez parece como que adivina el período, pero sin saber jamás lo que es la combinación de frases ni palabras. Sin trabas de ninguna especie, no conociendo ni tono ni vanas ceremonias, dice sencillamente las cosas, llama al pan, pan, repite lo dicho anteriormente por temor de no haber sido comprendido, y no siempre concuerda el sustantivo con el adjetivo.

Aunque Herodoto es el historiador profano más antiguo, sus relatos no llegan á ser originales hasta que desciende á los tiempos más próximos al suyo, esto es, á la guerra entre Persas y Griegos. Pero extiende tanto sus pesquisas, y á veces se muestra tan exacto en sus observaciones, que en realidad nos presenta un cuadro general del estado de la mayor parte de los pueblos en los siglos anteriores al año 478 á. C. No conoció ni á los que habitaban al Nordeste del Asia, ni al Noroeste de la Europa, ni á la China; apenas entrevió á los Escandinavos y á los Celtas, á quienes citó por sus nombres; pero fijó principalmente su atención en los demás países de Asia y de Europa y en el Norte de África, refiriendo lo que de ellos se decía, y comprendiendo lo importante que era describir mejor sus instituciones y costumbres.

Existía en su tiempo, por una parte en Libia y Etiopía, y por otra en Escitia, en derredor del Ponto Euxino y hasta el Mar Caspio, un número bastante grande de pueblos errantes, de los cuales pocos se hallaban todavía en el estado de cazadores, pero había muchos nómadas. De este modo es de creer que comenzasen las sociedades, porque sociedades eran ya. Por lo que podemos colegir, los lazos interiores de estas asociaciones de individuos y familias eran muy estrechos; pero también eran perpétuas las guerras entre una y otra asociación, mantenidas y renovadas por los hábitos y la necesidad. Pueblos que solo subsistían cambiando de lugar, no podían reconocer el derecho del primer ocupante, y casi todos sus movimientos eran hostiles. Exterminaban, expulsaban ó sejozaban á los pueblos sedentarios, demasiado débiles para resistirlos, ó los sujetaban á contribución por el saqueo ó los impuestos. Aun en los pueblos convertidos ya en agricultores se encontraban vestigios de los hábitos contrarios en su precedente estado nómada, como su continua tendencia á disputarse á mano armada porciones de territorio, á conquistar en vez de adquirir, y la preferencia que daban á los trabajos de las invasiones y combates sobre los de la industria productiva.

Las naciones civilizadas se presentan en Herodoto en tres órdenes: las unas forman vastos imperios, como el Egipto en tiempo de Sesóstris, la Asiria en el de Semiramis, la Persia en el de Ciro y sus sucesores; Estados todos monárquicos, porque ninguna república es tan extensa. Siguen los pequeños reinos, ó mejor dicho, provincias como eran antes del año 478, la Lidia, la Frigia, la Macedonia y aun la Tesalia y la Beocia, hasta que fueron gobernadas por reyes. Forman el tercero las simples ciudades de regular territorio como el Ática, la Laconia y la Argólida. En sus orígenes fabulosos, se encuentran también estas ciudades

gobernadas por monarcas, pero en tiempo de los últimos relatos de Herodoto, la Grecia tiene constituciones más ó menos republicanas. Celosas estas ciudades de conservar su autonomía, no forman un solo Estado, y se manifiestan rivales más bien que aliadas. Verdad es que en la institución de los anfictiones, en la comun celebración de los juegos olímpicos, y en la general costumbre de recurrir á los oráculos de Delfos, se vislumbra el germen de un régimen federativo; pero hasta el siglo de Herodoto no habían sabido afianzar los Griegos ni la duración, ni las ventajas de este sistema; y cuando posteriormente quisieron restablecerlo y perfeccionarlo, ya no era tiempo. Las ciudades de la Jonia asiática tendían también á veces á formar una federación, bien entre sí, bien con el resto de la Grecia; pero ni consiguieron nunca este objeto, ni aspiraron con constancia á conseguirlo. Las colonias fundadas por las diversas ciudades habían establecido relaciones de otro género; y aunque tales lazos no fuesen muy estrechos, ni menos estuviesen á prueba de circunstancias de guerra y de paz, contribuían sin embargo á mantener y desarrollar el poderío de los Estados griegos. En cuanto á las ciudades griegas de la Italia meridional y de la Sicilia, eran accidentales sus alianzas, y frecuentes sus disensiones.

Por lo que mira al régimen interior, el primer hecho notable respecto del estado personal, es la esclavitud de una parte de cada pueblo. Fácilmente se comprende que solo la violencia podía hacer á un hombre siervo de otro, y que la causa de esta esclavitud era la guerra. Herodoto nos muestra á los esclavos en Egipto, en Persia, en toda el Asia y en Grecia, y nombra á los flotas sin declarar nada respecto de ellos. Créese que estos eran habitantes de Hilos en Laconia, reducidos á servidumbre por los Espartanos, pero quizá no á esclavitud completa. Verdad es que los Espartanos tenían la fama de haber introducido la esclavitud en Grecia, y los Atenienses la de haber suavizado sus rigores. La equidad mandaba, y la sana política aconsejaba su abolición; pero había entrado en la organización de las sociedades antiguas, donde eran también generales las gradaciones entre las personas calificadas de libres, como nos lo enseña Herodoto al tratar de los Persas y Egipcios, entre quienes las profesiones más trabajosas y útiles estaban relegadas al ínfimo grado de la escala social, al paso que en otros reinos se distinguían dos órdenes de ciudadanos, el de los nobles y el de los plebeyos. La igualdad de derechos, y también la de condiciones, estaba en general consignada en las leyes de las ciudades griegas, y solo provenía la desigualdad de causas naturales y variables, como la riqueza, el talento, la virtud y los servicios. Así es que Aristides y Temístocles, hombres de oscuro nacimiento, llegaron á las primeras dignidades. Pero en algunos puntos, y en ciertos tiempos, los ciudadanos no tenían intervención en el gobierno, sino en proporción del censo, del impuesto que satisfacían, ó de la renta de que gozaban, y las familias conservaban su categoría únicamente mientras continuaban mereciéndola. La única magistratura hereditaria en las repúblicas era la de los reyes de Esparta.

De la condición particular de las mujeres casi nada dice Herodoto. En Asia, muchas de ellas eran esclavas, y la libertad de las demás estaba muy restringida; Esparta las honraba y Atenas las había sometido á leyes muy rigurosas, cuya severidad no se templó por las costumbres sino en tiempos posteriores. Por las genealogías que inserta Herodoto se colige, que con frecuencia se daba al nieto el nombre del abuelo, y así dos nombres solo bastaban á veces para muchas generaciones, á no ser que el primogénito muriese en edad temprana, dejando el primado á un hermano que llevase el nombre del abuelo materno ó el de un colateral.

Herodoto, además de las genealogías de algunas

grandes casas, no descuida la división de cada pueblo en tribus, ni tampoco olvida enteramente la del género humano en diferentes ramas. Divide particularmente la raza libica de la escítica; y en cuanto á las demás, no se detiene á deshacer la complicación resultante de la mezcla causada por las emigraciones, colonias y conquistas.

La libertad individual, ni bajo el mando de los reyes, ni en las repúblicas, se hallaba muy extendida, ni suficientemente afianzada; pues que á sus expensas se había engrandecido en todas partes el poder supremo, bien concentrado en manos del monarca, ó bien ejercido por asambleas populares. La paz y el incremento de la industria demostraron la necesidad y sugirieron la idea de la seguridad personal, de la inviolabilidad de los bienes, y del libre uso de las facultades intelectuales y morales. La guerra es la enemiga natural de la libertad; crea para el príncipe ó para la nación necesidades extraordinarias, á las cuales hay que sacrificar los intereses individuales más legítimos; produce leyes severas; hace tomar á la autoridad una actitud amenazadora, y concluye introduciendo en las ciudades el régimen absoluto de los campamentos. Así, pues, en tiempos aun próximos á la emigración armada, cuando los reyes no buscaban la gloria más que en las expediciones guerreras, cuando los pueblos pequeños continuaban combatiéndose mutuamente, y no suspendían la lucha sino para confederarse contra un enemigo común, era muy difícil mantener íntegros los derechos individuales de todos los miembros del Estado. Por esto vemos en Herodoto á ciertos reyes justos y benéficos convertirse, no bien toman las armas, en amos imperiosos, en opresores sanguinarios, despojar las ciudades, exterminar las familias de su reino, robar á los pueblos el fruto de sus trabajos, é interrumpir con sus depredaciones el curso de la prosperidad pública y particular. Bajo formas y nombres diferentes ejerciase en las repúblicas un despotismo igualmente duro; no limitándose á exigir que cada cual concudiese á la defensa común, sino acostumbrándose al pueblo, seducido por la lisonja, á tomar los caprichos de los lisonjeros por mandatos de la patria. Estos aduladores, con los sobresaltos y sospechas que sabían inspirarle, lo precipitaban á las peores iniquidades, á condenar á Milcíades, á desterrar á Aristides, hasta que al fin le persuadieron de que el medio de afianzar la salud de todos era el no dejar seguro á ninguno. Á estas antiguas guerras se remontan las ilusiones funestas que han perpetuado las vejaciones y turbulencias al través de tantos siglos. Los Griegos son los primeros pueblos conocidos, pero no los únicos que creyeron compensada la pérdida de los derechos civiles con el goce de los poderes políticos, y que se lisonjearon de ser libres, porque se veían llamados á tomar resoluciones trastornadoras de toda especie de libertad.

No son tan solo las personas los elementos del cuerpo social: la sociedad no puede durar si carece de productos materiales que la sostengan; y según la abundancia, diversidad y perfección de estos, se juzga de los progresos y de la prosperidad de un pueblo. Si preguntamos á Herodoto cuáles fueron las cosas que las antiguas naciones supieron aprovechar para su uso, nos responderá con tres especies de documentos. Señala primeramente las clases de los hombres empleados en producir. La mayor parte del trabajo pesaba sobre los esclavos; pero las clases inferiores de la población libre contribuían también á la producción con el ejercicio de ciertas profesiones mecánicas. Herodoto nos da varios pormenores sobre las artes que entonces se cultivaban, como la agricultura, la minería, la arquitectura, la náutica, la construcción de armas y de instrumentos, y la elaboración de muebles y vestidos. Describe por fin hasta los productos mismos; no solo aquellos enormes edificios que en Babilonia, y más aun en Egipto, habían

distraído de otras cosas más útiles la fuerza de tantos brazos y consumido tantos tesoros, sino también muchos otros objetos de uso común, requeridos ó por las construcciones naturales ó por las instituciones civiles y religiosas, ó por las grandes empresas militares. Por vía de ejemplo describe minuciosamente el armamento del ejército de Jérges, y algunos de los medios con los cuales se atendió á su provision; tomando de aquí ocasión para mencionar ciertas sumas de dinero, muchos impuestos diversos, y varias tarifas de consumo. Á veces fué más allá de lo cierto en estas cosas; pero descartada la parte de exageración y de ilusión de su relato, aun queda motivo para admirar la gran riqueza pública de aquellos pueblos, en medio de sus muchos errores y calamidades; riqueza que verdaderamente era al término más elevado á que podía llegarse en el sistema económico establecido entonces, esto es, por medio de esclavos y servicios personales, y con las preocupaciones dominantes contra el trabajo. La industria de los campos y de las manufacturas y aun la del comercio triunfaban ya de muchos obstáculos, y su actividad tan fuertemente comprimida comenzaba á desarrollarse. Sacábase gran partido de ciertas porciones de territorio; se habían perfeccionado algunas artes en cuanto el estado de las ciencias lo permitía; y el ejemplo de los Fenicios, enriquecidos por el tráfico, impulsaba á los Griegos á empresas semejantes. Sin embargo, en general los productos obtenidos, fabricados ó trasportados se destinaban á satisfacer el lujo y la ambición más que á multiplicar los goces verdaderos y á subvenir á las necesidades de la vida común. Así los que no pertenecían á las primeras clases sociales, carecían de la mayor parte de las cosas útiles y agradables, que han llegado á ser para nosotros comunes, y hasta necesarias.

Las instituciones políticas son aplicables á las personas y á las cosas, y pueden dividirse en dos órdenes: las unas tan indispensables, que sin ellas una población sería una muchedumbre, pero no un Estado propiamente dicho: las otras accesorias, cuya falta deja imperfecto, pero no destruye, un sistema político. Pertenecen á las primeras el gobierno, las leyes, las armas y la hacienda. Herodoto distingue tres formas de gobierno, cuyos inconvenientes y ventajas nos presenta en una discusión que supone entre varios magnates persas. En los ejemplos que cita, el más raro es el de la aristocracia pura; verdad es que la clase alta extiende su influjo, ya en la corte de los reyes, ya en las repúblicas, y aspira casi en todas partes á concentrar en su mano la autoridad soberana, pero esto acontece en muy pocas ciudades ó por brevísimos tiempos. El sentimiento de la igualdad natural de los hombres, á lo menos de los libres, domina en toda la historia antigua, y tiende continuamente á un sistema nacional, monárquico ó republicano, únicas formas de gobierno propiamente dicho que se descubren en Herodoto. El poder regio no se nos presenta absoluto más que en las expediciones militares; en lo demás está restringido por las leyes y las opiniones, las costumbres públicas, las pretensiones de los señores, las instrucciones y amenazas de los pontífices, y cuando el reino llega á ser muy extenso, por la dificultad de gobernarlo desde un centro. El príncipe distribuía el territorio á sátrapas, de los cuales no exigía más que los homenajes y los tributos sacados del pueblo; pero tal división que debilitaba la monarquía y la ponía en peligro siempre que estos virreyes aspiraban á la independencia, no era menos perjudicial á los súbditos, siendo la principal causa de la opresión perpétua de los Asiáticos, que así perdieron el goce y hasta el conocimiento de sus derechos personales. Las ciudades jónicas, según iban cayendo bajo el dominio del gran rey, experimentaban igual trato, tanto más duro cuanto que frecuentemente se les nombraban gobernadores de su propio